

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© 2016, Lucía Aguilar

© De esta edición:

2025, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De Los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-923-4

Impreso en Ecuador por Imprenta Nomos

Primera edición en Santillana Ecuador: Enero 2025

Primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2025

Ilustración: Elvira Méndez

Gestión y coordinación creativa: Alejandro Sandoval

Edición: Julio Calvo Drago, Alejandro Sandoval, Julio Santizo Coronado
y Eduardo Villalobos

Corrección de estilo: Julio Santizo Coronado y Amado Monzón

Diseño de cubierta: Elvira Méndez

Coordinación de arte y diagramación: Sonia Pérez

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por Eduardo Villalobos en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Kerena ante el espejo

Lucía Aguilar



loqueleo



Los pies de Kerena se asomaban debajo de la sábana y su cabeza daba contra la cabecera. La cama le quedaba pequeña. Las mangas del pijama apenas le llegaban a las muñecas; los pantalones parecían haber sido recortados hasta los tobillos y dejaban ver las calcetas impresas con los dibujos que había visto numerosas veces en la televisión.

Se volvió sobre la almohada y se quedó mirando al cielorraso. Recordó los días en que, al regresar del colegio, trataba de adivinar figuras en las manchas de la pared. Ahí seguía el hombre de los bigotes largos, el que parecía un vikingo. Tenía la barriga abultada y los pies pequeños, además de un ojo más grande.

Parpadeó mientras se espabilaba y aspiró una gran bocanada de aire. No dejaba de



pensar que su cumpleaños se aproximaba, que faltaban pocas horas para abrir los regalos, que comería pastel y apagaría las velas, y que, tal como decía el abuelo, celebraría un año más de vida, un año que la habría hecho más sabia.

Rígida como poste, pensaba y sentía cómo cierta emoción se filtraba por debajo de su cuerpo, de la misma manera que la ráfaga que entraba por la venta. De pies a cabeza, de dentro hacia afuera y de arriba abajo, la embargaba una ausencia, un desprendimiento inefable.

Era como si en la noche algo de sí se hubiese marchado. Como si, al amparo de la oscuridad, algo hubiera huido. Entonces, tres imágenes acudieron a su mente: dos manos extendidas que palpaban la ausencia, una ventana abierta despidiendo a la ausencia, una tarde silenciosa abrazando a la ausencia. Y, sin embargo, nada podía asemejarse a lo que sentía, ya que de alguna manera seguía siendo inexplicable.

Mamá y papá estaban en la cocina. Desde su habitación podía oír las puntas de unos dedos que daban contra las teclas de la computadora, el chorrito de café que caía dentro de una taza y las hojas del periódico que se amontonaban unas sobre otras.

Ambos solían dejar las cosas para última hora, así que de seguro acababan de regresar de la tienda con el regalo aún sin empacar y estarían buscando con desesperación, en la gaveta, las moñas, los listones y la tijera, a fin de prepararlo para la mañana.

Pensó que hoy, solo por hoy, podía darse el lujo de comportarse como una niña y bajar con la excusa de buscar un vaso de agua para saciar la sed, con el propósito oculto de descubrir qué le iban a obsequiar este año.

Mientras se desembarazaba de la sábana, imaginaba cómo pillaría a mamá con el regalo en la mesa, mientras doblaba el papel una y otra vez, siempre intentando que no se vieran ni el código de barras ni las franjas blancas de los extremos del pliego.

Qué linda mamá, que se preocupaba de que todo pareciera haber sido planificado, y que además hacía que papá fingiera ser un gran partícipe de todos los planes. Se acercó a la orilla de la cama y llenó las pequeñas pantuflas con sus pies.

¡Uno, dos, tres! Ya estaba de pie delante de la puerta. Empezó a bajar las escaleras con desgano. Se tambaleaba soñolienta entre la pared y la baranda, y mientras caminaba recordaba las numerosas ocasiones cuando había jugado entre la primera y la segunda grada con sus pelotas y sus muñecas. Aquella época, cuando con sus juegos provocaba tropezones, daba lugar a regaños y recibía muchas palmaditas cariñosas en la cabeza, parecía muy lejana y, sin embargo, muy presente.

La ausencia seguía provocándole escalofríos. Entonces, siguió descendiendo hasta que las primeras palabras de una conversación se hicieron claras.

—No tengo nada qué decir. Es una sorpresa para nada agradable —dijo la mamá.

—¿Cómo puedes decir eso? —respondió su padre.

—Lo digo, es horrible.

La voz de papá era la de quien había trabajado todo el día, la de alguien que había llegado temprano a la oficina y había salido tarde, que apenas había visto la luz del Sol. Aun así, sus palabras transmitían seguridad y certeza.

Aunque Kerena no se llevaba mal con mamá, por alguna razón que no conocía congeniaba más con papá.

La curiosidad la dominaba. Se acercó a la barandilla y arrimó más la cara al suelo. Entonces, cerró los ojos con la intención de escucharlo todo mejor.

—¿Pero por qué lo dices? —volvió a preguntar el padre de Kerena.

—No podemos decirle que... No, espérame, tengo que tomar aire... —dijo la mujer con agitación.

—¿No podemos decirle que qué? ¿Que Karina ha escapado de la casa?

Y sin terminar de escuchar lo que mamá tenía que decir, y sin que le importara que se percataran de su presencia debido al grito ahogado que había dejado escapar, sin prestar atención a la alfombra con la que tropezaba, corrió de vuelta a su habitación para esconderse bajo las sábanas, el único lugar que creía seguro en ese momento.

Tanto mientras subía como mientras se escondía, volvía a ella la sensación de ausencia, que se hacía cada vez más poderosa, cada vez más presente, y que le palpitaba por dentro, desgarraba su interior, porque no hacía mucho tiempo que Karina había estado muy cerca, a su lado; tal vez sobre la misma almohada, bajo la misma sábana, con el mismo pijama, con las mismas pequeñas pantuflas.

Subió a toda prisa y, mientras lo hacía, su cabello se balanceaba de un lado a otro al igual que sus emociones. El extraño desprendimiento comenzó a avanzar en sus entrañas y la situó dentro de un laberinto pletórico de recuerdos.